

Primer premio. Certamen Mánfer de la Llera (Llangréu 2023)

El Tieso apoya su brazo derecho en el mármol, forzando un ángulo de noventa grados. En el otro extremo, una mano llena de huesos sujeta el chato mediado de mención. El cuerpo le cuelga del hombro como de una percha. Viste un traje raído que en algún momento debió de ser gris, pero ahora matiza distintas tonalidades y muestra, entre lamparones y reflejos, las holguras que le dejan las carnes dentro de las costuras. Está flaco, consumido, encorvado sobre la barra. La pierna izquierda repite la misma esquina invertida y un zapato negro, lustrado a las prisas, pisa el bronce de la barandilla que le devuelve los tonos dorados. Mira al suelo, ha echado la tarde, combado, replegado en sí mismo como un escarabajo del monte bajo su coraza de quitina, un caparazón de indiferencia que le protege de los demás. En el transcurso de la estancia ha levantado en varias ocasiones la mano para que le rellenen el vaso. Porque el Tieso no necesita pedirlo, con él no se habla. Escupe de vez en cuando al suelo sin que lo guipe Edelmiro, que ya le ha dicho en varias ocasiones que, como lo vea esputar en el negocio, le va a dar en toda la madre. El dueño del bar tiene muy mala baba, como para tontear con él; pero no puede reprimirse, es una costumbre irreflexiva que le viene de antaño, de cuando el hollín se quedaba atascado en la garganta. Solo cuando lanza el gargajo y lo ve flotar en el aire es consciente del acto. Aunque, ahora no quiere pensar en nada, pero piensa; no desea sentir la presión en las sienes, pero ahí está.

Atrás, en la zona en la que se difumina por las ventanas la poca luz que queda de un atardecer de otoño, se oyen los gritos del juego. Pasadas las cuatro ya están los habituales pidiendo café con dos dedos de aguardiente para hacer turno y abrir la mano de la baraja o la caja del dominó. Hay tres mesas de cuatro en el rincón; en un par de ellas se juega al tute, en la otra se disponen las veintiocho fichas. Los gritos se alternan con los silencios y atruenan para cantar la jugada. De repente, las veinte en bastos o las cuarenta en oros llenan el local

de decibelios como el alarido de un alma perdida; o un retrueno, seguido de un clamor, al aplastar la ficha del seis doble en la mesa para cerrar la partida.

Bendito orujo que barre la garganta y se lleva hasta los malos recuerdos. El mejor aguardiente se trae de Orense, allí se comenzó a destilar en alambique o eso dice la historia que cuentan los mayores. Hace tiempo que escasea el licor, sobre todo el del Bierzo, y la civil controla su venta. Lo poco bueno que deja la religión o los médicos, lo prohíbe la ley. El destilado que llega se consume a escondidas, como un recuerdo del estraperlo.

Según avanza la tarde, revolotean, como polillas a la luz del neón, nuevos jugadores alrededor de las mesas, traen el ánimo de sustituir a los derrotados cuando rezongan al dejar sus puestos. Así, se van renovando unos y otros hasta que, bien entrada la noche, igual que llegaron, se van y dejan vacío el local. Alguno escapa más caliente por el licor, otros esperarán a llegar a la casa para alcanzar temperatura.

Al Tieso no lo invitan a jugar, porque nadie quiere hablar con él; es un hombre apestado, un muerto en vida. El pueblo lo repudió aquel once de noviembre, día de San Martín. Ya se sabe, el santo que abre el tiempo del *gochu*¹ y se prolonga hasta San Blas, cuando la luz verás. Pero pasado mañana, que cumplirán los diez años de aquello, no será el día que se recuerde como inicio de la temporada en la matanza de los gorrinos, sino porque, justo en esa fecha, el Tieso hizo lo que hizo y, desde entonces, se ganó la enemistad y el silencio del pueblo. La mina es lo que tiene, todos a una si es para bien, pero también se circula en sentido contrario y, si es así, se convierte en el averno. Eso lo piensa el Tieso, que le tocó en el sorteo la cruz invertida y descendió al infierno para verle el culo colorado a Satanás.

Se vuelve para escupir, pero en un acto reflejo mira antes a la barra y, desde dentro, Edelmiro, que intuye el propósito, lo fulmina con la mirada y se pasa rápidamente el dedo del degüello por la garganta. No quiere líos y se traga la baba. El marido de su prima tiene muy mal carácter. Porque Edelmiro es un tipo bregado, curtido en el negocio al que todo el mundo respeta.

¹ *Gochu: cerdo en asturiano*

Ya desde pequeño, con la nalga al aire, el niño Edelmirito andaba detrás de las faldas de su madre corriendo detrás del mostrador de un lado para otro pidiendo la teta. Allí mismo lo enchufaba la *ma*, en las mesas de la esquina, se abría el mandil, sin complejos, que todo el mundo fue parido por el mismo agujero. El niño se agarraba al pecho con ansia, hasta que ahíto, le rebosaba la leche por la nariz. Desde entonces, quedó confinado en aquella cárcel dentro del mundo. Se curtió a golpe de poner cubalibres de ron con doce años, cuando no llegaba al mostrador; de acompañar a la fresca a los borrachos a la hora del cierre y volver a servirles café nada más oler la mañana; de meterles una loncha de jamón en medio de la barra de pan, para recoger el vomitado en el cuarto de aseo después de diez copas. Con el tiempo, el rapaz embarneció y dobló el cuerpo: menudo buen mozo para la mina, les decían a sus padres. Pero Edelmiro libró, tuvo suerte y se hizo cargo del negocio. Aunque en el bar se curtió de la misma manera a razón de jornadas de doce, de catorce, de dieciséis horas, comiendo de pie, atendiendo comandas, emparedado entre las botellas de la estantería del espejo y el mostrador, con los clientes detrás ladrando en una jauría; que muchas veces pensaba eso, que la barra servía para protegerlo del hostigamiento de la reala.

Casó con Irene, la prima del Tieso, ya de talludos, que no se cocían las carnes en los primeros hervores. La Irene había tenido varios novios y eso pasa factura en un lugar tan pequeño donde todo el mundo arrastra un pasado ensogado al cuello. Las habladurías, los comentarios, la abocaron a condición de hembra ligera y quedó aborrecida. Como si el uso desgastase a la persona o lo vivido desluciese al inocente y tuviese que cargar con la culpa de por vida. Mientras las amigas se dedicaban a criar, Irene todavía andaba buscando puntillas para las sábanas del ajuar; hasta que le llegó la hora y conoció a su hombre. Edelmiro era soberbio, hosco, con un pronto de mala sangre que ponía en guardia al más pintado y, aunque lo intentó, no encontró a ninguna mujer en la zona que quisiera llevar a su casa un barreno de pólvora con la mecha corta. Antes solas que jugar con dinamita, decían las que lo conocieron, porque Edelmiro era un ciclón. Cuando se cabreaba bajaban los santos del firmamento asustados a ver qué pasaba, por si hacía falta echar una mano. Hasta que llegó la Irene con su paciencia infinita y se fueron amoldando el uno al otro en un

juego de tira y afloja: una partida de naipes en la que se cede para no perder y se gana luego contando los puntos.

Irene nunca quiso mal al Tieso, pero no le habla, porque el pueblo manda y ordena callar. Aunque por lo bajo, media en las trifulcas que su marido le busca.

—Viene tu primo a tirarme de la lombriz, se pasa todas las tardes en una esquina de la barra, como un pasmarote, dejando el suelo lleno de flemas como un sembrado de nabos. Me cago en sus muertos, porque es de tu sangre que si no ya lo había bautizado en el río —dice Edelmiro.

—Perro ladrador..., ya se sabe. Bastante desgracia tiene el hombre; métete con uno de tu talla, que pareces un matón de feria —le contesta Irene, con un empujón y la sonrisa en la boca. Piensa que a Edelmiro hay que tratarlo así, desinflarlo por el lado donde tiene la válvula, si lo cabreas más, se vuelve cerril.

El apodo del Tieso se lo debe a su padre que también fue minero. Arrimó a la cuenca del Samuño, procedente de una Extremadura empobrecida, allá por la década de los cincuenta, y trajo consigo una familia corta: la mujer y dos hijos. Anduvo primero de peón en minas de Ponferrada, aunque después se desplazaron definitivamente a Asturias, donde se estabilizaron transcurrido el tiempo. En su nuevo destino, por un exceso de celo al intentar nivelar el anclaje de una vagoneta, volcó la carga de hulla aplastándole el cuerpo. Tardaron casi una hora en quitarle los cascos de encima para no rematarlo. Fue atendido en primera instancia en la enfermería de la mina sangrando como un cochino, pero por la gravedad de las lesiones se recomendó el traslado inmediato a Mieres. Su destino era el Hospital de Murias, por aquellos tiempos recién inaugurado. El equipo de traumatología que lo atendió, después de ser valorado por los médicos de urgencia, diagnosticó, además de importantes heridas y contusiones, el compromiso de la columna, afectada por un traumatismo severo

en varias vértebras. Milagrosamente, la conducción neuronal no había sufrido daños, pero la falta de soporte óseo imposibilitaba cualquier tipo de movilidad y condenaba al paciente a un anquilosamiento severo durante el resto de sus días, a lo que se añadía la imprescindible administración de morfina para aliviar los dolores. Consultado con el interesado, se dispuso realizar una intervención quirúrgica tan pionera como comprometida, la reconstrucción en aleación de platino de un molde de refuerzo para diez vértebras con sus anclajes respectivos que fortalecerían el sostén del esqueleto. Así lo hicieron y, en principio, la operación fue un éxito. A los dos meses el paciente comenzó a realizar ejercicios de rehabilitación en el propio hospital pudiendo desplazarse por sí mismo. Eso sí, tieso y envarado como si lo hubiesen atado a un poste de hierro. En poco tiempo pudo regresar a su domicilio en el que podía llevar una vida más o menos normal. Necesitaba de cierta asistencia para erguirse, pero una vez enderezado, podía caminar distancias respetables sin grandes contratiempos. Para manejar al enfermo durante la convalecencia, su mujer mandó recado a la hermana que vivía en Malpartida de Plasencia y tenía una hija de soltera, Irene se llamaba.

En el pueblo, que siempre sobró retranca, comenzaron a llamarle el Tieso. Se paseaba por la calle Mayor cogido del derecho de su mujer y con el otro brazo de gancho con su cuñada. Rígido y firme como un sargento de artillería, le forzaba la prótesis una mirada altiva y orgullosa que nadie recordaba. Poco le duró la alegría, al año siguiente una infección en los implantes se extendió en septicemia y acabó con la vida en menos de una semana.

Durante el sepelio, justo antes de darle entierro, se presentó un equipo médico de Mieres para retirarle el adminículo de metal, por lo visto valía un potosí. Hubo que devolver el cuerpo del camposanto y sacarlo del ataúd para extirparle aquello tan preciado. Cuentan los de la funeraria que, una vez retirada la pieza ortopédica, el Tieso, después de dos días de muerto, abrió los ojos mirando al rededor como si echase algo en falta. Se enderezó con la misma rectitud en el cuerpo que cuando estaba vivo y sus vértebras hubiesen soldado sin necesitar el suplemento. Recogió con una mano la prótesis recién extraída y la regresó al bolsillo del pantalón. También dicen los presentes que el personal

del hospital encargado de la requisa dejó abandonado el platino y salió de allí con tanta prisa que nunca más se volvió a saber de ellos.

Sus hijos Honorio y Laureano, heredaron el mote del fallecido. Corrían los dos como los hijos del Tieso, hasta que Honorio, cuando dejó de ser niño, embarcó en un petrolero canadiense huyendo del carbón, de la miseria y de aquel núcleo de rumores que tanto lo agobiaba sin dejarle respirar. Como solo quedó Laureano, acabó heredando todo para sí el apodo completo de su padre; Tieso le quedó.

Laureano nunca destacó en nada, no había asignatura en la escuela, deporte conocido, arte practicada en la que despuntase lo más mínimo de los demás. Era un ser con mucho pundonor, pero desaborido e insulso, que pasó desapercibido en la escuela, en su fase de adolescencia, en la juventud, entre los quintos de su promoción, en el equipo de fútbol en el que jugaba, incluso en la propia mina; donde acabó trabajando no por mérito propio, sino por el derecho a reserva por ser familiar directo de un minero fallecido a causa de accidente laboral. Después de muchos años, ascendió a oficial, sin que se valorase la actitud, aptitud o valía, sino porque la promoción que reconocían los estatutos del pozo le otorgaban derecho por la antigüedad en el puesto. Aun así, después de lo dicho, Laureano, el Tieso, era un minero eficiente dentro de la generalidad, aunque un ser mortecino, diluido en el ambiente, como se diría: vacuo, traslúcido, sin brillo. Eso mismo le decían los padres de la Serapia cuando comenzaron a mocear.

—¿Niña, tú sabes a quién te arrimas? Te dará la vida más oscura que hayas conocido. ¡Si es un pan sin sal, un difunto en vida!

La Serapia y Laureano, el Tieso, se sentaban los sábados y los domingos en las escaleras de subida al atrio de la iglesia, justo debajo del soportal que cubría un artesonado de roble; o bien en el mirador, que era una segunda opción para los días en que *l'orbayu*² no les impedía mocear admirando el paisaje. Allí, sin contacto físico, permanecían sentados las cuatro o cinco horas con las que cumplían la formalidad del compromiso. Los que pasaban por su vera, decían que el Tieso bisbiseaba, que hablaba quedo y sin mover los labios; que parecía mudo, pero en realidad, no paraba un momento de largar durante todas las

horas en que las momificadas posaderas hacían un solo ser con la madera de pino del país de la que estaban labradas las bancadas.

Así era, el Tieso, como secreto, vivía a través de la escritura las emociones y alegrías que no tenía en su anodina vida. Imaginaba aventuras, personajes e historias que nunca nadie jamás hubiese averiguado nacidas de aquella desabrida cabeza. La Serapia, que era casi analfabeta, escuchaba extasiada todos los cuentos y relatos que el Tieso le resumía y adaptaba con mimo para verbalizar su narrativa. Horas y horas llenas de andanzas, peripecias y lances que acaecían a personajes ficticios, en ocasiones héroes y en otras, villanos. Historias que deleitaban cada minuto de escucha y, mucho más, cada recuerdo albergado y rememorado a lo largo de las tristes jornadas no compartidas durante el resto de la semana.

Así estuvieron durante años, viviendo lo que no vivían, sintiendo lo que imaginaban y fantaseando a través de la ficción la existencia que en realidad deseaban tener y que por, miedo o indecisión, no acababan de culminar.

Hasta que a Serapia le pareció todo aquello más que suficiente y quiso probar en sus carnes tanta pasión literaria. Resurgida de su letargo, comenzó a urgir a Laureano a formalizar el compromiso y culminar de una vez por todas lo emprendido. En resumen, cambiar las tardes literarias por una pasión carnal y desenfrenada sobre el jergón de una cama en la que crujiere mucho el somier y le reventasen las patas de tanto traqueteo. Permutar las ansias y sueños de los protagonistas irreales por los proyectos y ambiciones conjuntos. Pero al Tieso, aquello se le hacía grande y le parecía procaz, demasiado ímpetu para adecuarlo a su biorritmo vital y, si por obligación claudicaba, fijaba metas lejanas y, cuando por fin llegaban, las iba aplazando por mil causas imponderables que le dictaba una imaginación tan ejercitada en contar enredos y patrañas.

² *L'orbayu: llovizna en asturiano.*

Así estaban cuando sucedió lo de San Martín. Serapia no aguantó la presión del pueblo y le propuso, una de aquellas tardes que pasaban debajo del atrio, huir de allí como tantas veces habían hecho los héroes de sus novelas inventadas. Dejar las aguas turbias para nadar en otras cristalinas, retirarse de la niebla y navegar hacia la luz. Pero el Tieso, empeinado, se negó con rotundidad. Lucharía contra lo que consideraba una injusticia, con ella o en solitario. El pueblo no mandaba en su vida y no tenía que rendir cuentas a nadie; si se decidían por la ley del silencio, él estaba dispuesto al enfrentamiento. Serapia no pudo aguantar. Después de muchas lágrimas que enjugaron las mangas de las camisas, con una maleta rellena de cuatro pingos, marchó a Mieres y de allí a Oviedo como criada interna de la familia de un médico. Desde entonces, el Tieso, aunque la recuerda cada amanecer y la llora entrada la tarde, no ha vuelto a saber de ella, ni movido el pie izquierdo para acercarse a la capital. La conoce condenada al ostracismo, postergada de su medio, pero nunca más se escribieron, ni se vieron, porque Serapia jamás regresó a aquel aborrecido pueblo, refugio de un amor cobarde que renunció por ventura a luchar de su lado.

Para entender lo que sucedió el día de San Martín es necesario conocer lo acontecido en los años sesenta en la cuenca minera asturiana. Por aquel tiempo se extendió un conflicto que pretendía mejoras salariales para los mineros y un alivio de las penosas condiciones en las que realizaban su trabajo. Al contrario que en otras ocasiones, la lucha se manifestó pacífica y silenciosa. Las autoridades temían que la rebeldía de las primeras minas se extendiera a otros yacimientos y comenzaron a despedir a los primeros instigadores, juzgándolos en tribunales militares y politizando una protesta que en un comienzo fue solo laboral. En aquellos momentos se unió a la lucha el pozo en el que trabaja el Tieso, que ostentaba ya el cargo de oficial y mantenía bajo su responsabilidad a varios operarios. Uno de ellos era Excelso Manríquez, un sindicalista valiente y escurridizo dedicado a organizar piquetes y que, entre otras cosas, lanzaba granos de maíz por las chimeneas llamando gallinas a los esquirolas.

El oscurantismo informativo mantuvo aisladas a las minas en huelga y se desconocía el apoyo real de las cuencas. Pero los ríos se convirtieron en la

fuentes de información más fidedigna, «si el Nalón no baja negro, hay conflicto», decía Excelso a los mineros de río abajo, ya que los lavaderos de Langreo no estaban operativos. Porque el sindicalista servía de enlace con otras excavaciones en una red que mantenía viva y unida la lucha. Pronto se llegó a los veinte mil huelguistas, se clausuraron las explotaciones y se intensificó la presencia policial y las detenciones. El conflicto y sus demandas comenzaron a extenderse a otros sectores estratégicos: los estibadores de Avilés, la metalurgia o la minería del mercurio se solidarizaron con los paros y, al poco tiempo, alcanzó el ámbito nacional. Gran parte de la industria, el transporte y los servicios secundaban una contienda que, a la postre, reivindicaba una mejora generalizada de las condiciones de vida. El Régimen comenzaba a preocuparse seriamente ante la extensión de las demandas a otros sectores industriales y se temía que la revuelta amenazase la estabilidad de la dictadura. La represión se acentuó y comenzó un acoso sin tregua contra los cabecillas sindicales, si cabe, más extremo en aquellos lugares en los que se situó el origen de la lucha.

El conflicto finalizó pasados unos meses sin lograr el objetivo con el que se inició. Manríquez fue detenido y torturado en el calabozo, con posterioridad, deportado a Madrid para ser interrogado. Después de unas semanas, regresó con otros sindicalistas a la mina, decisión adoptada por la incontenible presión de los compañeros que amenazaban con iniciar un nuevo conflicto si no eran reintegrados a sus destinos, aunque la persecución y vigilancia personal continuaron durante mucho tiempo.

El Tieso, acodado en la barra como un coleóptero, se esconde bajo su garapacho de indiferencia con aleación de quitina en vez de platino. Piensa en lo que sucedió aquel once de noviembre de hace diez años, tan presente, como si acabase de acontecer en este mismo momento. Muchos días reproduce en su mente a cámara lenta lo que ocurrió desde que el despertador sonó a las cuatro y media de la mañana. Llevaba tiempo con los ojos abiertos, pasaba una temporada en la que el insomnio le ganaba la partida al descanso. Las noches

vacías, en blanco, se convirtieron en costumbre y urdir narraciones un pasatiempo. Después de un café largo de pota salió al frío, que la mañana aún destemplaba. Caminó cerca de una hora hasta la mina, cuando estaba próximo a llegar, una sombra le salió al paso y le cortó el camino, era Excelso. Lo reconoció por la estatura: hombre alto, espigado y enjuto. Venía pálido, como si le hubiese visto el tridente al mismo demonio. No tenían gran confianza; al margen del trabajo en la galería no frecuentaban trato. Le contó que los civiles llevaban tiempo poniendo cerco a su actividad y que, esa misma noche, habían irrumpido en su casa. Suponía que habrían bajado al sótano de la vivienda donde guardaba una pequeña copiadora de manivela, varios periódicos prohibidos del movimiento anarquista y algunas cajas con octavillas llamando a la lucha obrera. Había podido huir por la trasera, no sin riesgo, pero con total seguridad lo atraparían en la mina.

El Tieso lo escuchó atento, luego le dijo que huyera, pero Excelso le contestó que mandarían patrullas a las carreteras, eran muchos los sindicalistas evadidos que después encarcelaban. Una vez se daba el aviso de fuga, corría como la pólvora la fotografía del fugitivo, se cerraban las estaciones de tren, atestadas de secreta. La civil replicaba controles en las carreteras, además, la frontera se blindaba como un candado al redoblar la vigilancia. Le repitió mil veces que esta vez no se iban a conformar con torturarlo unas semanas, lo mantendrían encarcelado durante años. Le imploró socorro, le suplicó mil veces su ayuda. El Tieso se encogía de hombros, desconociendo cómo podía mediar en el conflicto; Excelso le despejó la duda.

—Sé que lo que te pido va más allá de lo que merezco y de lo que estás dispuesto a hacer por mí; que no me debes nada y el sacrificio es un exceso. Pero tengo que desaparecer de aquí y la única manera es que me den por muerto, si no, serán ellos los que acaben con mi vida —decía mientras agachaba la cabeza y se miraba frotar las manos como si lavase una contra la otra—. Tienes que volar la galería y que piensen que muero sepultado, eso me dará una posibilidad de escapar. No cerrarán los controles y podré cruzar a Francia y, después, embarcaré a México. Te quedaré agradecido para siempre, Laureano.

Así fue. En el pozo llevaban toda la semana realizando voladuras controladas para renovar la explotación de nuevas vetas. Después de fichar a la entrada y descender a la excavación para plantear las nuevas deflagraciones, Excelso salió, camuflado, escondido en la vagoneta, debajo de la primera estiba de hulla que subió del pozo el montacargas. El Tieso, armado el explosivo por el barrenero, mandó abandonar la galería. Sin que lo vieran, añadió en el último momento otro cartucho a la carga, que a la postre hizo saltar el apuntalamiento y, entre los cascotes del derribo, sepultó gran parte de la sección.

Entonces, cuando todo eran gritos, echaron en falta a Excelso. Las voces de llamada se perdían entre las sirenas, el humo y el sofoco de las toses. Los compañeros pensaron que la desidia en el control del oficial había matado al querido sindicalista. Varias eran las circunstancias que lo probaban: no haber advertido con tiempo de la voladura ni tampoco corroborar la presencia de Excelso antes de realizarla, incluso se apuntaba que la excesiva carga del detonante fuese su responsabilidad. Pese a las labores de búsqueda, hasta la misma extenuación, que realizaron los compañeros, no se pudo localizar el cuerpo del fallecido —sí la fiambarrera de inoxidable, una bota y el casco, que aparecieron al comienzo del derrumbe—.

Pasado el tiempo establecido, siendo el único afectado en el accidente, se le dio por muerto y sus padres pudieron percibir la pensión a la que tenían derecho.

Aunque la empresa nunca pudo demostrar incuria ni la mala fe en la actuación del oficial, tampoco en el uso del explosivo, el Tieso fue degradado del cargo de manera sibilina y destinado a labores de peón en el exterior, aborrecido por todos, y con la consiguiente pérdida salarial. Pero lo peor fue la condena del pueblo que sintió profundamente la pérdida de uno de los enlaces sindicales más reconocidos de la comarca, mérito propio por haberse dejado la vida en la defensa de los intereses laborales de los suyos. Así, como de todo tiene que haber culpable, se responsabilizó de la desgracia al Tieso negándole lo que más apreciaba: la palabra y la propia honestidad.

No se arrepiente de aquello, cree que obró fiel a su conciencia, eso es lo importante. Escupe y levanta la vista del suelo, mira de soslayo a Edelmiro, no

vaya a ser que lo guipe. Percibe la pesadez de ese caparazón de escarabajo con el que se blinda de la hostilidad de los suyos.

Corre el año setenta y seis, piensa que este mes de noviembre tiene tres celebraciones: la que conocemos, que ya cumple diez años, la de San Martín — que abre la temporada del *gochu*— y unos días después, la del fallecimiento de aquel otro superlativo que no quiere ni mencionar. Sin acabar de rematar la idea de cómo brindar por todas las efemérides, ve entrar en el local a un tipo, alto y enjuto, vestido con un traje negro ribeteado en oro y lazo rojo en el cuello. Nada más traspasar la puerta, lo reconoce de inmediato. El chato se le escurre de la mano, solo le tiemblan los huesos. La mirada de Edelmiro los ve fundirse en un abrazo, llorar como niños y salir corriendo del bar.

Al día siguiente, cuando Irene barre el local, encuentra hecho añicos el vaso y, al lado de los cristales, unos trozos grandes de concha coriácea, iridiscente, de tonos pardos. Hay varios retales esparcidos cerca de la barra donde suelen trajar los pies del Tieso. Cuando, curiosa, se los enseña a Edelmiro, este los examina con prevención porque tienen adherida una fina membrana alada. Según les da vueltas, dice que, si no fuesen tan grandes, se parecerían mucho al caparazón de una *vacalloria*³.

³ *Vacalloria: ciervo volante en asturiano.*